

LIBROS

Un paradójico Bertolt Brecht

En España conocemos todavía muy mal la obra de Brecht. Su teatro completo, en catorce volúmenes, ha sido traducido y publicado en Argentina, en versiones muy deficientes en general. Sólo una pequeña cantidad de ejemplares ha llegado hasta nosotros. Lo mismo podría decirse de sus escritos teóricos, sus novelas o su larga producción poética. Incluso las obras traducidas son siempre difíciles de encontrar.

Inopinadamente, acaba de aparecer hace unas semanas una obra de Brecht que podríamos llamar «desconocida». «Historias del señor Keuner» (1) ha sido publicada por vez primera en la editorial alemana Suhrkamp, en 1971, en su actual forma definitiva. Publicaciones parciales se habían hecho en los números I, V y XII de la colección de «Versuche» («Ensayos»), aparecidos en Berlín (1930 y 1932) y Frankfurt (1953). Posteriormente se incluyeron también en las «Kalendergeschichten» («Historias de Almanaque»), en Berlín, 1949-Buenos Aires, 1960; «Sinn und Form», núm. 2 («Sentido y forma»); «Sonderheft Bertolt-Brecht» («Número extraordinario Bertolt Brecht»), Berlín, 1957; «Geschichten» («Historias»), Frankfurt, 1962; «Prosa», volumen II, Frankfurt, 1965. La edición definitiva de 1971 reúne estos materiales, junto al fragmento «De los sistemas», clasificados por el Brecht Archiv entre los papeles inéditos del escritor.

«Historias del señor Keuner» consta de ochenta



ta y siete pequeños apartados. Algunos no pasan de tres líneas, el más largo no llega a dos páginas. Son pequeñas narraciones a manera de apólogos que definen diferentes posiciones ante el mundo, la historia y los conflictos del propio B. Brecht, camuflado tras el personaje de Keuner. En cierto modo es la exposición de su código moral.

Como en muchos otros aspectos, Brecht es bastante poco conocido también en éste. Su manera de enfrentarse y abordar los problemas constituían por sí mismo una forma de entender los comportamientos individuales. De ahí que en la figura de Heirn Keuner nos presente a un hombre paradójico, cultivador a su vez de la paradoja, capaz de sorprendernos con sus actitudes, aparentemente inexplicables a veces, pero inequívocas y tendentes a llegar a un fin preciso, dando todas las vueltas y revueltas necesarias para alcanzarlo. Keuner representa aquí la posición del individuo frente al difícil arte de vivir, su forma de resistir a la agresión o la barbarie. Nunca el hombre como unidad puede adoptar las mismas posturas tajantes, duras, decididas, a que puede llegar colectivamente como

clase, partido o sindicato.

La paradoja brechtiana nos lleva a la proclamación permanente de la astucia como defensa de la dignidad y de la vida. La narración tercera, «Medidas contra la violencia», es reveladora en este sentido. El señor Keuner, que habla contra la violencia pero quiere vivir más tiempo que ella, cuenta la historia del señor Egge, el que había aprendido a decir no. En los tiempos de la ilegalidad, este hombre tuvo que recibir a un agente de quienes dominaban la ciudad, que ocupó una habitación y le preguntó si quería ser criado. Siete años después, cuando el señor Egge enterró al esbirro y blanqueó la casa, respondió no.

Una constante del libro es el sentido parábólico y analógico de las diferentes historias. «Si los tiburones fueran hombres» es una irónica descripción de la sociedad capitalista y sus formas de vida, a partir del supuesto de qué harían los tiburones, si fueran hombres, con los pecillos. Hombre de teatro como era, Brecht muestra en «Dos conductores» dos tipos diferentes de actor. El que con disciplina y eficacia impone su individualidad y el que dedica su

arte y su trabajo a la eficacia del conjunto, de la colectividad.

«Historias del señor Keuner» es un libro que se lee en poco tiempo, pero que induce a complejas reflexiones. Está emparentado en muchos aspectos al «Me-Ti. Libro de las mutaciones» («Me ti. Buch der Wendungen»), editado en Buenos Aires en 1969. En ambos casos, Brecht va esclareciendo comportamientos individuales y colectivos a través de la observación de los procesos del estudio de las contradicciones. En uno y en otro, ironía y humor están presentes, como un subrayado a las afirmaciones. Casi todas nuestras afirmaciones tienen en sí mismas un aspecto contradictorio, lo que las hace transformables y capaces de desarrollarse. «La verdad es conocida», dirá Keuner, y ensayando su paradoja proseguirá: «¿Acaso quieres saber la del comercio pesquero? ¿La de los impuestos, tal vez? Si porque te digan la verdad del comercio pesquero no pagas a mejor precio sus pescados, no la encontrarás nunca». Pero el libro de Brecht pertenece a esos pocos que, despreciando el romanticismo de la actitud, incitan a conocer y transformar la realidad. ■ JUAN ANTONIO HORMIGON.

Lovecraft, una mitología moderna

Todos los aficionados patológicos a la lectura, es decir, los que no leemos para aprender, ni para mejorarnos, ni para que los libros nos ayuden a triunfar, ni para matar el tiempo en los viajes en tren o en las tardes lluviosas, sino impulsados «por una desventurada e incalculable sed», como la que, según Hegel, lleva a filosofar; nosotros, los hechizados de la letra impresa, digo, sabemos que hay autores que constituyen más una maldición que una preferencia; autores que degeneran inevitablemente en vicio tras ser gustados por primera

vez. Es un fenómeno extraliterario, que quizá no tenga mucho que ver con la calidad estética de los autores; hay excelentes escritores, de los que hemos apreciado varias obras y de quienes no nos disgustaría leer alguna otra, junto a cuyas producciones pasamos en las librerías sin impaciencia, admitiendo sosegadamente que quizá nunca leamos toda su obra. Pero otros se constituyen de inmediato en manía nada más conocerles: adquirimos todo lo que cae en nuestras manos de ellos o sobre ellos, nos torturamos pensando en las obras agotadas o inencontrables que puedan tener, pedimos diez veces el libro cuya próxima aparición se anuncia, no encontramos placer en leer ninguna otra cosa ni entendemos cómo los demás pueden encontrarlo. Nos indigna lo corto de su producción: Si pudiéramos, encerraríamos a nuestro autor en una celda y le forzaríamos a que escribiese sin cesar, a latigazos si fuera preciso, para calmar nuestra ansia. Quien no ha necesitado nunca tal libro, como se necesitan a veces una copa o una mujer, es un «dominguero» de la lectura, un curioso, un simple aficionado. Lo más notable es que hay escritores que tienen especial facilidad para convertirse en maldición; rara vez son autores indiscutibles, sino más bien aquellos cuyos lectores son siempre fanáticos, sea en la alabanza o en la repulsa. Los autores sin grandes defectos pocas veces se convierten en manía: ¿cómo ser poseído por Anatole France, o por Thomas Hardy? Lo que nos arrebató en un autor son sus desequilibrios logrados, los errores utilizados en su favor. La ecuánime perfección despierta admiración y agrado, pero la imperfección expresiva logra cautivar: ésa es la gran ventaja de Shakespeare sobre Goethe, por ejemplo.

El lector perdonará —si ha llegado hasta aquí— la longitud de este proemio: es que es tan aburrido escribir re-

señas, que si no divago, me asfixio. Todo esto viene a que acabo de recibir una recopilación de cuentos en dos volúmenes, de uno de los ejemplos más modélicos de este escritor-manía, que conozco: Howard Phillips Lovecraft (1). En Lovecraft se da una de las más importantes características del autor-manía: ser creador de un mundo cerrado, completo y subsistente, al cual remiten todas sus obras y sólo ellas. Leer uno de sus cuentos es como echar un vistazo a un universo para llegar al cual no hay otro acceso que el próximo cuento de Lovecraft. Si ese universo nos aburre o nos parece ridículo la primera vez, podemos alegremente prescindir de este autor, pues Lovecraft no puede ni quiere escribir otra cosa; pero si la nostalgia de su extraño cosmos paralelo nos prende en el alma, ya seremos hasta el final prisioneros del poeta de Providence. Lovecraft parte de una hipótesis común a todas las religiones: la de que el hombre es un ser débil e ignorante, producto y juguete de fuerzas que le superan y a las que, en lo fundamental, desconoce; pero incluye una variante: la de que esas fuerzas son esencialmente malignas, envidiosamente hostiles a la raza humana. A excepción de Sade, sólo Lovecraft ha imaginado en serio las consecuencias de un Dios malo; no se trata de indagar los poderes y fechorías del diablo, o de una hipotética divinidad maniquea del mal, sino de imaginar que todas las fuerzas suprahumanas que actúan en este mundo son perversas; es decir: enemigas del hombre. La perspectiva, tan abrumadoramente probable, por otra parte, no es de las que ayudan a conciliar el sueño. Sobre ella, Lovecraft edifica una mitología propia de convincente coherencia, la más importante que ningún

(1) «Necronomicon I - Los horrores de Dunwich» y «Necronomicon II - La sombra más allá del tiempo», de H. P. Lovecraft. Barral Editores. Bolsillo.

(1) «Historias del señor Keuner». Barral Editores. Barcelona, 1974.